

(Transcripción)

Payerne (Suiza), 26 de septiembre de 1982

La unidad en los albores del Movimiento de los Focolares

Las diferentes espiritualidades que han surgido en la Iglesia a través de los siglos (me refiero a las católicas porque son las que más conozco, pero sin duda también las de las demás Iglesias) pueden expresarse, simplificando, con una sola palabra. Por ejemplo, para definir la espiritualidad franciscana podríamos decir 'pobreza', si bien ésta no lo dice todo. Para expresar la espiritualidad de los jesuitas, quizá, podríamos decir 'obediencia'. Para la espiritualidad de santa Teresa de Ávila 'oración'. Así, entonces, con una sola palabra se puede definir una espiritualidad, una corriente espiritual en la Iglesia.

Ahora bien, sin querer compararnos con los santos, porque no se pueden hacer comparaciones, nosotros podemos expresar verdaderamente nuestra espiritualidad, la del Movimiento de los Focolares, con una palabra: 'unidad'. La unidad es realmente la palabra que sintetiza nuestra espiritualidad.

Pero sobre esto tenemos que hacer una aclaración.

¿Quién realiza la unidad? La unidad es esencialmente, realmente, obra de Dios, sólo de Dios. La unidad es algo demasiado grande. La unidad es el ideal de Jesús. El vino a la tierra para que, se realizara la unidad de todos los hombres con el Padre, a través de El, y de los hombres entre sí. Es el ideal de Jesús. El es quien realiza la unidad. La Iglesia, que es la continuación de Cristo, con la gracia de Dios, también realiza la unidad de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Por consiguiente, nosotros no podemos realizar la unidad, la unidad es obra de Dios, es un don de Dios y una gracia de Dios.

Y nosotros entonces, ¿qué podemos hacer? Podemos corresponder a esta vocación universal de todos los hombres a la unidad. Poner toda nuestra parte para que la unidad triunfe en el mundo. Más aún, es esencial que hagamos nuestra parte.

¿Existen signos especiales que nos indiquen que nuestro Movimiento está llamado a ayudar a los hombres a realizar la unidad?

Para detectarlos, como nos han sugerido siempre nuestros superiores eclesiásticos, la Iglesia, etc., tratamos de remontarnos a los primeros tiempos, a los tiempos en los que surgió el Movimiento, hace casi cuarenta años -pues ya estamos en el treinta y nueve, por lo tanto, hace casi cuarenta años- para ver si existen indicios de esta llamada a la unidad. Para ver si hay episodios, acontecimientos o escritos. Pues bien, recordamos inmediatamente algunos episodios; dos en modo especial.

Recuerdo que, durante la guerra, me reunía en un sótano con las primeras focolarinas y llevábamos siempre el Evangelio. Aquella vez lo abrimos precisamente en el capítulo 17 de san Juan, en la oración de Jesús por la unidad. Éramos jóvenes -como ahora son nuestros gen- y leímos de un tirón toda la página. Y he aquí la maravilla, la sorpresa: aquellas palabras tan difíciles -de las más difíciles del santo Evangelio- parecía que se nos iluminaban una tras otra, y tuvimos la impresión de comprenderlas, de que aferrábamos su significado. Pero lo que enseguida entendimos es que ésta era la 'Carta Magna', éste era el programa del Movimiento que estaba por nacer -no lo llamábamos ni siquiera Movimiento- de aquel algo que estaba por nacer.

Pocos días después nos reunimos alrededor de un altar, -éramos seis o siete, ahora aquí somos muchos- y pedimos a Jesús la gracia de enseñarnos a hacer la unidad, y que nos convirtiera -si ésta era Su voluntad- en instrumentos de unidad.

Después, poco a poco, hemos tenido la impresión de que el Señor nos ha ido sugiriendo las primeras ideas de cómo se realiza la unidad. Y éstas son muy importantes y yo se las comunico y así saldremos de aquí sabiendo cómo se realiza la unidad. Estas ideas las encontramos en una hoja que se ha conservado de aquellos tiempos; porque muchas cosas se han quemado, han sido destruidas, pero conservamos esta página con apuntes de una charla que teníamos entre nosotras por aquel entonces.

En ella está escrito que es necesario siempre, ir más allá del modo de ver simplemente humano y mirar a los hombres de una manera sobrenatural; es decir, recordarnos que si nos fijamos en Jesús con ojos de niños, veremos que Él, al fin y al cabo, ha pedido sólo dos cosas, que son una sola: que todos los hombres, todos los hombres: blancos, negros, ricos, feos y lindos, todos los hombres son hijos de un solo Padre y hermanos entre ellos.

Esta es la primera idea, la primera idea que ya puede revolucionar nuestra alma, si somos sensibles a lo sobrenatural: la fraternidad universal que nos libera de todas las esclavitudes. Porque somos esclavos de las divisiones entre pobres y ricos, entre generaciones -padres e hijos-, entre blancos y negros, entre razas, entre nacionalidades, hasta entre cantón y cantón nos criticamos, existen obstáculos, barreras. ¡No! La primera idea es liberarnos de toda esclavitud y descubrir en todos los hombres, en todos los hombres, '¿también en mi hijo?', '¿incluso en aquella señora tan charlatana?', '¿también en aquella pobre mujer?', '¿en ese...?', '¿también es ese?'. ¿Es posible? Sí. En todos, en todos, en todos tenemos que ver posibles candidatos a la unidad con Dios y a la unidad entre nosotros. Debemos abrir completamente nuestros corazones, romper todas las barreras y dejar que entre en nuestro corazón la fraternidad universal. ¡Yo vivo para la fraternidad universal! (Aplausos)

Por eso, si todos somos hermanos, tenemos que amar a todos, tenemos que amar a todos, tenemos que amar a todos. Fíjense que parece sólo una palabrita y, sin embargo, ¡es una revolución! Tenemos que amar a todos. '¿También a la vecina de casa, que me critica, que me mira con malos ojos y que además es un tipo...?'. También a ella; tenemos que amar a todos.

Y en esos apuntes encontramos también otras cosas muy útiles, porque nos dicen cómo hacer para amar a todos. Está escrito: tenemos que amar a cada prójimo. ¿A qué prójimo? Al que encuentras en el momento presente de tu vida. Por lo tanto, no se trata de un amor platónico, de un amor ideal, sino de un amor concreto: mi prójimo ahora son ustedes; el prójimo de ustedes (en este momento) soy yo; también es un prójimo el que está sentado al lado de ustedes, o en la silla de atrás. Tenemos que amar no de un modo ideal y futuro, sino concretamente y, en el presente. Ahora. Tenemos que amar, tenemos que amar.

Alguien podrá preguntarse: ¿cómo se hace exactamente para amar? ¿En qué consiste el amor cristiano, en qué consiste? Hay una palabra que nos hace pensar en aquellos apuntes, donde encontramos las primeras inspiraciones de Dios. Hay una palabrita, hay una palabra subrayada que, posiblemente, los escandalice. Es sólo una palabra: humildad. Tender al primado evangélico poniéndose a servir a todos. Amar significa servir. Jesús nos ha dado ejemplo de ello. Con su muerte en la cruz ha servido a toda la humanidad, a la de ahora, a la de antes y a la que vendrá. Pero, además, nos ha dado ejemplo lavándole los pies a los discípulos. Porque, tenemos que pensar, que Él era Dios y nos ha lavado los pies a nosotros, que somos hombres; por consiguiente, también nosotros podemos lavar los pies a nuestros hermanos. ¡No podemos! ¡Debemos! Esto es cristianismo: servir, servir a todos. Tenemos que considerar a todos los demás como dueños nuestros. Si nosotros somos siervos, los demás son los patrones. Servir, servir, poniéndonos por debajo. Por debajo, por debajo de los demás, tratando de alcanzar el primado evangélico sí, pero poniéndonos al servicio de todos, al servicio...

Esta es la segunda idea que puede revolucionar el mundo, ¿eh? El cristianismo no es una broma. Es una cosa seria. No se trata de dar un poco de barniz, un poco de compasión, un poco de amor, algo de

limosna. ¡No, no; no, no! es fácil dar un poco de limosna para sentirnos con la conciencia tranquila y luego criticar a éste y al de más allá, mandar, oprimir... es fácil, es fácil. En cambio, ¡no, no!

En aquellos apuntes hay una frase, (que mencioné también ayer cuando me encontré con algunos de los nuestros) una frase, que es realmente una verdad porque después se ha realizado. Dice: "si por lo menos, un grupo pequeño, incluso pequeño, incluso reducido de hombres, fueran verdaderos siervos de Cristo en el hermano, el mundo, pronto, sería de Cristo. Pueden decir: ¡imposible, imposible! Ahora trato de explicarles, para que vean que no es imposible. Porque allí, en aquellas hojas está escrito, muy claramente, cómo se tiene que servir, y qué hay que hacer para servir.

Dirás: 'pero ¿tengo que darle realmente una chaqueta cuando le hace falta?, ¿tengo que servirle el plato en la mesa?'. Mira, el servicio que Jesús pide no es un servicio... ideal, no se trata de un sentimiento de servicio. Si estudian bien el Evangelio, verán que Jesús habla de un servicio concreto: con los músculos, con las piernas, con la cabeza, debemos servir realmente, no tenemos que...

Para servir bien, (en aquellos apuntes) encontramos dos palabras fantásticas que no tendríamos que olvidar jamás: 'hacerse uno', 'hacerse uno' con los demás, 'hacerse uno'. ¡Es fabuloso! ¿Qué significa? Ahora, en términos modernos sería: 'vivir el otro', es decir, no vivir para nosotros mismos, encerrados en nosotros... sino 'vivir el otro': sus sentimientos, sus sentimientos procurando penetrar en ellos, tratando de llevar sus pesos; participando en sus alegrías, compartiendo todo con él, haciéndonos uno. 'Y ¿con los niños, ¿cómo hago? Porque los niños quieren que juegue con ellos'. Juega con ellos. 'Hacerse uno' en todo, en todo, en todo excepto en el pecado, en esto no, en esto no.

'Hacerse uno'. Me dirás: ¡qué pérdida de tiempo estar allí mirando ese programa de televisión! ¡qué pérdida de tiempo tener que ir de excursión! ¡qué pérdida...! ¡No!, no es tiempo perdido es todo amor, es todo amor, es todo amor. Además, es tiempo ganado porque tenemos que 'hacernos uno' por amor.

Si hoy todos ustedes, todos nosotros hiciéramos nuestra esta frase: 'hacerse uno' por amor, es decir, sin interés, nos daríamos por satisfechos.

'Hacerse uno' por amor, y no para ganarlos a Cristo; ni siquiera para eso, ni tampoco por un interés sobrenatural. Nada de eso. 'Hacerse uno', 'hacerse uno'. Por otro lado, he comprobado que haciendo así con personas que, tal vez, no quieren saber nada de Jesucristo, etc., por el hecho de 'hacerse uno' con ellos compartiendo sus penas, sus dolores, ¿saben que sucede? estas personas vuelven porque se sienten libres y luego nos hacemos uno, nos hacemos uno hasta que, hasta que, ¡hasta que...!

'Hacerse uno' exige nuestra muerte, pues ya no podemos vivir para nosotros mismos, sino para los demás, para los demás. Pero esta muerte es la vida en nosotros, es Cristo en nosotros. Y si sobre nuestra muerte vive Cristo, todos los demás, poco a poco, tarde o temprano se sienten atraídos hacia Cristo, porque Jesús dijo: "Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mi", "atraeré a todos hacia mi". Y entonces cuando nosotros, reviviendo a Cristo, somos otros Cristo, cuando crucificamos a nuestro yo, es decir, cuando lo anulamos para dejar vivir a Cristo, poco a poco, todos quedan conquistados. Y ésta es la gran experiencia del Movimiento de los Focolares. ¿Y qué sucede con esta persona conquistada? que también ella quiere amar, también ella quiere 'hacerse uno' y prueba y trata de 'hacerse uno' con todos y trata de 'hacerse uno' también con nosotros. Y ¿cuál es el resultado? Que ya somos dos que nos 'hacemos uno', somos dos que nos hacemos uno, somos dos que nos hacemos uno, que nos amamos realmente como Jesús quiere: El quiere que nos amemos hasta dar la vida el uno por el otro. No quiere que nos amemos esperando a mañana para morir, o a pasado mañana, u otro año; quiere que muramos ahora, quiere que vivamos muertos, muertos a nosotros mismos porque vivos al amor; quiere que vivamos muertos.

Por esto, cuando se encuentran dos almas que se aman así, sucede algo extraordinario, algo extraordinario. Sucede como cuando se combinan dos elementos, que se obtiene un tercero, que no es la suma de los dos anteriores, sino que es otra cosa. Por ejemplo, cuando Antonio y Livio se aman de esta manera, de esta manera, teniendo como medida del amor la muerte ¿qué sucede cuando Antonio y Livio se aman así? ¿cuál es el resultado? se obtiene un tercer elemento. Ya no son Livio y Antonio, Antonio más Livio, no es una mezcla de dos personas, no es un grupo de dos o más personas: ¡es, es, es Jesús! ¡Es Jesús! ¡Es Jesús! ¡Es algo fabuloso! "Donde hay dos o más unidos en mi nombre -dice Jesús- (que significa en este amor, en Mi, con ese amor) yo estoy presente en medio de ellos" (cf. Mt. 18, 20), que quiere decir, en ellos.

Dos o más que se aman de este modo, llevan al mundo, encienden en el mundo, una llama: ¡el mismo Cristo, el mismo Jesús, el mismo, Jesús mismo! ¡Es fabuloso!

Recuerdo cuando hacíamos las primeras experiencias de este modo de amar. Que deseo que todos puedan hacer, sobre todo los que hoy han conocido nuestro Movimiento. Estábamos asombradas, encantadas. Decíamos: "¡Oh, la unidad, la unidad, qué divina belleza! No existen palabras para definirla, no se puede explicar: es Jesús. Se ve, se siente, se goza con los sentidos del alma, pero no se puede definir. Es inefable como Dios. Nos damos cuenta, sobre todo, cuando falta: es como si se ocultase el sol".

Y la unidad, que es la presencia de Jesús en medio de nosotros, trae su Espíritu, el Espíritu de Cristo con todos sus frutos, que son: paz, una paz jamás experimentada antes; una alegría antes desconocida; deseo de amar, espíritu de heroísmo, iluminación: hace comprender, hace comprender, hace comprender mejor la Sagrada Escritura, hace interpretar mejor los acontecimientos; quien guía es el Espíritu Santo, el Espíritu Santo, el Espíritu Santo. ¡Dónde existe esta unidad está el espíritu de Jesús con todos sus frutos! ¡Es maravilloso!

(Aplausos)

Alguno dirá: '¿Me puedes explicar mejor cómo es esta presencia de Jesús?'. Miren: antes de irse de esta tierra, Jesús dijo: "Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo" (cf. Mt. 28, 20). Se trata precisamente de este "Yo estaré con ustedes". Y ahora, ¿dónde está Jesús? Sabemos que está en su cuerpo, que es la Iglesia; en los cristianos, sabemos que está en cada cristiano, especialmente en quienes lo anuncian; está presente en los sucesores de los apóstoles; está en la Santísima Eucaristía, está en los pobres, en los enfermos, en los débiles; está en su Palabra, ¡la Palabra de Dios! ¡Es Jesús!

Y está también en la comunidad unida en su nombre -él está aquí, él está aquí-, está en la comunidad unida en su nombre: "Donde hay dos o más...". Esta es una frase que agrada mucho a nuestros reformados: "Donde hay dos o más unidos... yo estoy en medio de ellos" (cf. Mt. 18, 20); Jesús está allí.

Y hoy, en nuestros días, existe una especial sensibilidad hacia este Jesús, hacia esta presencia de Jesús. Lo decía Pablo VI cuando afirmaba que hoy en día la gente no escucha más a los maestros, sino más bien a los que dan testimonio, es decir, a los que anteponen las obras a las palabras. Además, Pablo VI decía, además, que si se escucha a los maestros es porque antes han dado testimonio. Y nosotros lo podemos comprender viendo, por ejemplo, como se escucha en todas partes a Madre Teresa de Calcuta. ¿Por qué? Porque cuenta con una realidad a sus espaldas. Por eso se la escucha y se la acepta. Y de igual modo otros testigos de nuestro tiempo.

¡Cuántas veces sentimos que queremos vivificar las estructuras de nuestra Iglesia, de la Iglesia católica como de la Reformada, por ejemplo, o la de los Viejos católicos, etc.! ¿Por qué? Porque la parroquia, la diócesis, son estructuras hermosas, pero no siempre reina en ellas el espíritu de los primeros cristianos: la unidad, la comunión de los bienes, ese fervor, esa adhesión a la palabra, etc. Llevemos a Jesús a las estructuras de nuestra Iglesia, llevemos a Jesús a nuestras Ordenes, a nuestras Congregaciones.

¡Cuántas veces descubrimos esos canteros bellísimos de la Iglesia, pero que no florecen del todo! ¡Les falta un poco de sol, les falta el amor! Si les llevamos el amor, veremos una maravilla, el jardín de la Iglesia.

¡Cuántas veces nuestras familias están deshechas por las divisiones, están desgarradas por las disputas, por el divorcio, por todas esas cosas! Llémosle a Jesús en medio y veremos resplandecer, como dice Juan Pablo II, 'la eclesiola', la pequeña iglesia que es la familia.

Llevemos a Jesús en medio, también, entre nuestras Iglesias: católica, reformada, viejos católicos, todas las que existen; llevemos a Jesús en medio y demos que es cierto que es mucho más lo que nos une que lo que nos separa, porque estamos bautizados, porque somos todos hijos de Dios. Pero es necesario que nos amemos entre nosotros, y entonces Cristo estará en medio de nosotros y también entre las diversas iglesias o comunidades eclesiales. Jesús está allí y da testimonio de la unidad. Entonces los que no conocen a Cristo, y que, a veces, se escandalizan realmente por nuestras divisiones, y creen que Cristo ha muerto porque estamos divididos, viendo a estos cristianos, en marcha hacia la unificación completa, pero que ya, desde ahora, están muy unidos porque Cristo está en medio de ellos, entonces, creerán en aquel Jesús y dirán: 'poseen realmente la verdad'.

¡Esto es lo que les deseo! (Aplausos)

Tenemos que salir de esta sala con este propósito. Primero: quiero amar a todos; segundo: para amarlos, quiero servirlos. Me pongo por debajo de todos para poseer la primacía del amor. Por lo tanto, quiero hacerme uno con todos hasta que se manifieste la presencia de Cristo en medio del mundo, en medio de este mundo nuestro, en esta pequeña Suiza, pequeña desde el punto de vista geográfico, pero rica de muchos valores, de muchos valores, fundada además sobre un santo: san Nicolás de Flüe, que quiere, sin lugar a dudas, la santificación de su Suiza.

Entonces, manos a la obra. Llevemos a Cristo, llevemos a Jesús, llevemos a Dios; para Él nada es imposible. "Confíen -dijo, y ahora nos lo repite- yo he vencido al mundo" (cf. Jn. 16, 33). Y, entonces, también aquí veremos florecer aquella primavera anunciada ya por Pío XII, y aquella civilización del amor de la que hablaba Pablo VI.

Veremos también a Suiza, nuestra pequeña Suiza encaminarse por ese 'camino de la vida', así llama nuestro Papa actual, Juan Pablo II, al ideal de la unidad. Vida y no palabras, vida, vida. Y luego -lo sabemos- la vida es Cristo. Cristo aquí en medio de nosotros para que Cristo esté presente lo más posible, en todas partes, en toda Suiza.

Esto quería decirles.

(Aplausos)